# BREVES APUNTES PARA UNA POLÍTICA DEL AMOR (ver 52020)

Oscar Zegada C.

*"We live in a political world, love don't have any place, we are living in times where men commit crimes, and crime don't have any face". "Vivimos en un mundo político donde el amor no tiene lugar, vivimos en tiempos en que los hombres cometen crímenes, y el crimen no tiene ningún rostro." Bob Dylan. Political World. Album: "Oh Mercy" (1989)*

*"El corazón tiene razones que la razón va aprendiendo a entender" (Blaise Bascal, desvirtuado con buena intención)*

*"Politics are spirituality (and love) demonstrated". "La política es la espiritualidad y el amor demostrados". (Neale Donald Walsch)*

## UNO. APERTURA

### Uno 1> Fragmentación y separatividad-

Aunque no lo está, para la mayoría de las personas el mundo en que vivimos luce fragmentado, como si las varias dimensiones que hacen la totalidad de la vida y el mundo fueran compartimientos estancos, realidades ajenas entre sí, como si lo que se piensa, siente y hace en una de esas dimensiones no tuviera efectos en las demás: los negocios separados de la ética, la economía del medio ambiente, la política del amor, la razón de la emoción, etc. Esta es por cierto una ilusión, pero con una apariencia de realidad tan fuerte que se toman decisiones como si cada dimensión de la vida fuera auto contenida, sin que sea necesario considerar sus interconexiones con las demás y los efectos entre unas y otras. Y la ilusión de la fragmentación persiste pese a sus conocidas y negativas consecuencias ambientales, sociales, económicas, políticas y psicológicas. De una u otra forma la separatividad es uno de los rasgos de un estado de conciencia que al diferenciar excluye, dando lugar a conductas individuales y grupales que caracterizan las interrelaciones humanas resultantes.

### Uno 2> Separación espiritualidad y política-

La obcecada ilusión de la separatividad ha llevado también a concebir lo espiritual y lo político como aspectos tan ajenos entre sí que está comúnmente aceptado, hasta con satisfecha resignación, que la política es el campo en el que sólo cuenta el interés egoístamente restringido, en que cualquier procedimiento es aceptable para alcanzar un fin que, por muy noblemente enunciado que sea, más temprano que tarde termina deglutido por el primero. Esta concepción conduce a pensar que la integración entre lo espiritual y lo político es imposible, una inimaginable utopía que los hechos parecen confirmar cada día con algunas excepciones que más bien ratificarían la regla.

En algún momento la espiritualidad y la política se fueron por caminos diferentes y en estos tiempos en que los efectos de la separatividad son tan evidentes y negativos para la humanidad y el planeta, uno de los desafíos que nos toca encarar es correr los velos que cubren su interrelación y abrir sendas para su integración consciente y constructiva. Es que una espiritualidad que pretende ignorar a la

política es una potente luz que ilumina donde ya hay claridad y una política que olvida la espiritualidad es carecer de luz en la noche más oscura.

DOS. LO ESPIRITUAL, EL AMOR Y LA POLÍTICA (precisando los términos)

Dos 1> Para entendernos mejor: lo espiritual y el amor-
Cuando hablamos de lo espiritual nos referimos a la capacidad de las energías primordiales y de la materia para interrelacionarse creando sistemas complejos que, al formar tejidos de inter y retroconexión, sustentan al universo en su multifacética diversidad, permanente auto recreación y expansión (Boff, 2012). Denominamos amor a las fuerzas que impulsan el acercamiento y agregación de las energías y la materia, haciendo surgir cualidades más y más complejas que se cristalizan en sistemas y formas inagotables. Hasta donde sabemos los humanos somos la especie que puede experimentar y des-envolver las formas más conscientes del amor.

Dos 2> *Lo espiritual como proceso y relación-*
Lo espiritual es una de las dimensiones del ser humano y se expresa en individuos que se trascienden a sí mismos como entes separados de la totalidad en un doble movimiento: hacia dentro, que es un descubrir y conectarse con su ser interior y hacia fuera, un descubrir y conectarse con la totalidad del universo manifestado, el mundo, la vida, los otros, lo otro.[1] La espiritualidad es entonces un proceso en que el yo separado se va integrando de manera expansiva y participante a la totalidad y al hacerlo, por reversibilidad, se re-define como plena individualidad que simultáneamente es en sí, en los otros y en lo otro.

Lo relacional de lo espiritual es el amor y abarca todas las áreas del quehacer humano: individuo, familia, amistad, trabajo, medio ambiente, etc. y, por supuesto, la política como proceso de toma de decisiones colectivas para alcanzar un fin y como prácticas de poder. Del grado, calidad, extensión y amplitud de las relaciones -es decir del amor- depende el tipo de conexión en y entre esas áreas de la vida, incluida la política.

Dos 3> Calidad de la política y los grados de amor-
Podría decirse que la calidad de la política depende del grado de amplitud y expansión del amor y que, por ejemplo, un amor limitado centrado exclusivamente en uno mismo y en nada más que uno mismo, lleva a un tipo de relación y a una forma de concebir y hacer política muy diferente a la de un amor expansivo e integrativo. Por esta razón, el qué y el cómo se ama determinan el propósito, los medios y el quehacer habitual de la política. En efecto, el amor centrado en uno mismo o en un reducido grupo de interés dejando fuera a los demás y a otros

---

[1] En este texto no vamos tocar el asunto, pero la espiritualidad también hace referencia a la dimensión misteriosa e inexplicable que nos lleva al umbral del infinito, al misterio del antes y el después del universo, a lo que está más allá de lo que como seres humanos podemos percibir, imaginar, intuir, entender, pretender explicar.

aspectos de la vida, conduce no solamente a una finalidad excluyente sino también al uso de medios perversos y prácticas inescrupulosas y dañinas que fácilmente lesionan los intereses de otros. Ejemplos recientes abundan: el deterioro y la contaminación medioambiental, la manipulación, la exclusión y/o sometimiento del otro diferente, el abuso del poder, el autoritarismo, la violencia, la corrupción, etc. Consiguientemente el alcance y la práctica de la política dependen de la extensión y profundidad del amor; a su vez si bien es importante reconocer que la política no determina al amor, más importante aun es resaltar que lo enriquece y profundiza o empobrece y limita; una política excluyente, promotora de intereses particulares, en desmedro del bien común, marchita al amor. Una política incluyente orientada al bien común lo hace florecer.

Dos 4> Integración consciente de la política y el amor-

La relación entre amor y política es tan evidente como inevitable y compleja, y la humanidad podría estar ya en condiciones de comenzar a practicar relaciones políticas acordes con un amor más expansivo que, pese a todo lo que hoy se vive, es tan urgente como posible y necesario. Un asunto escrito en la agenda de la humanidad en el siglo 21 y un trabajo que hay que realizar es el eslabonamiento entre amor expansivo y política: aprender a hacer una política del amor.

Quizás sin saberlo, pero posiblemente sabiéndolo muy bien, Nelson Mandela termina su autobiografía expresando el camino que a todos nos queda por emprender: *“Cuando salí de la cárcel ésa era mi misión: liberar tanto al oprimido como al opresor. Hay quien dice que ese objetivo ya ha sido alcanzado pero sé que no es así. La verdad es que aún no somos libres; sólo hemos logrado la libertad de ser libres, el derecho a no ser oprimidos. No hemos dado el último paso sino el primero de un camino más largo y difícil. Ser libre no es simplemente desprenderse de las cadenas, sino vivir de un modo que respete y aumente la libertad de los demás. La verdadera prueba de nuestra devoción por la libertad no ha hecho más que empezar.”* (Mandela, 2013, p. 647).

## TRES. MECANISMOS DE REGULACIÓN EXTERNOS E INTERNOS DE LAS RELACIONES DE PODER (y la política)

Tres 1> Política y poder-

Dicen por ahí que para conocer a alguien hay que ver cómo se relaciona con el sexo, el dinero y el poder. Este dicho parece provenir de una sabia observación de los aspectos que espolean fuertemente a los seres humanos en muchos ámbitos de la vida. Aunque los tres parecen ser elementos muy conectados, nuestro foco de interés es el poder, algo tan amplio que está presente marcando la vida de los seres humanos del nacimiento a la muerte, en todo momento y en todo lugar, tanto en lo privado como en lo público, en lo efímero y en lo duradero, en todas las interrelaciones, desde las personales hasta las que tienen alcance planetario. Es éste el terreno donde se despliegan y regulan las relaciones de individuos y grupos en el acceso y principalmente en el ejercicio del poder.

Por cierto, hay muchas concepciones de poder. En este trabajo el poder es entendido en un doble sentido: (1) como la habilidad para obtener lo que se quiere dadas unas restricciones naturales, personales y sociales: el ***poder-de***; (2) como la capacidad de hacer que otros hagan o dejen de hacer algo aun a costa de limitar o sacrificar su propio interés: el ***poder-sobre***. El poder abarca desde el ámbito personal y privado, muy íntimo al grado que a veces nadie lo conoce, hasta el macro social. Por eso tenemos que entender a la política en su más amplio y comprehensivo abanico de posibilidades y prácticas[2].

Tres 2> Reglas y normas formales y sistema político-

Los grupos humanos se han dotado de reglas y normas formalizadas por una autoridad que ponen orden en las sociedades, amortiguan conflictos relacionales y dan pautas de conducta específicas para el relacionamiento social, que muchos posiblemente no seguirían en su ausencia y que en general procuran regular las relaciones de poder. Son de carácter obligatorio, con sanciones a cargo de una autoridad que ejerce el poder político legal y legítimo, incluido el ejercicio de la fuerza, de modo que los integrantes del grupo las obedecen por temor, aunque pese a ello bastante a menudo son incumplidas. Tan antiguas como las reglas y normas son los esfuerzos por eludirlas con disimulo o con el consentimiento y/o la indiferencia de los encargados de hacerlas respetar, generalmente a cambio de un pago. Las reglas y normas tienen tanta importancia como limitaciones ya que dada su exterioridad pueden no cumplirse, en particular si se aprovechan las ventajas del poder con este fin; mucho más si hay debilidades institucionales que dificultan su aplicación efectiva (por ejemplo, el célebre “se acata pero no se cumple” de las autoridades locales en la América colonial frente a las disposiciones de la corona española y que todavía persiste en Latinoamérica).

Con siglos de experiencias de lo más variadas, las sociedades han desarrollado sistemas políticos con separaciones de poderes y contrapesos, normas que rigen las interrelaciones políticas, sostienen los mecanismos de acceso, relevo y gestión de los resortes del poder público, establecen las posibilidades y los límites del uso de la fuerza. Para evitar la concentración del poder y las decisiones, expresión de una forma de amor egocéntrica o a lo más extendida a grupos reducidos en la sociedad, se han inventado y desarrollado sistemas políticos para tratar de evitar o al menos disminuir las tiranías y abusos, algo sin duda necesario en el contexto de estados de consciencia y niveles de amor limitados. En un mundo de buscadores del propio provecho exclusivo, o casi, es decir de grados de amor que no sobrepasan el amor por uno mismo o que se extienden a no más de un reducido grupo, las normas y reglas establecidas y sostenidas externamente para reducir los conflictos y encauzar la convivencia social son una imperiosa necesidad frenando, al menos parcialmente, el camino al abuso y la arbitrariedad del poderoso, ayudando a poner en línea la búsqueda de ventajas y beneficios particulares que por lo general se consiguen a costa de los más débiles e indefensos.

[2] Veáse Lasswell, 1936; Dahl, 1957; Lukes, 1974; Boulding, 1989.

Tres 3> Pautas de conducta y códigos morales-

Además existen, y desde hace mucho, pautas de conducta y códigos morales con enraizamiento en hábitos y costumbres que ayudan a organizar las interrelaciones sociales. Asentadas en creencias y maneras de ver el mundo e interpretarlo, postulan valores compartidos desde los que se construyen estilos de vida, costumbres y hábitos del cotidiano vivir dando sentido a lo que se piensa, se siente, se hace. Los valores compartidos definen lo que se considera valioso en la vida, orientan las decisiones y las acciones, dan pautas de conducta a quienes los han asumido y se traducen en reglas y normas informales. Cuando esa estructura de valores es enseñada, transmitida, aprendida, aceptada e internalizada[3], la conducta se encauza desde en una estructura de reglas y normas informales que forman una moral que se transmite, refuerza, y a veces se impone, mediante mecanismos como la presión, la disuasión, la demostración, la aceptación social, la reputación, etc[4]. La moral al sostenerse en presiones internas y externas muchas veces asociadas a un sentido de culpa, constituye un deber ser que va de fuera hacia dentro. Las vivencias conductuales sostenidas en una moral llevan a la existencia de un juez, si es interno auto-represivo, de culpa y remordimientos de conciencia; si es externo, represivo y castigador por medio de la presión social, pero que se puede burlar. Cuando por cualquier razón los sostenes de la moral se debilitan u ocurren circunstancias que llevan a priorizar otros aspectos (económicos, poder, sentimientos, pasiones, etc.) la conducta concreta se aleja al menos parcialmente de la estructura de valores, a veces desembozadamente, otras con disimulo.

Tres 4> Virtudes y limitaciones de las reglas formales e informales-

Las reglas y normas formales e informales son dispositivos para promover la cooperación en la sociedad, el respeto a los otros y sus derechos, reducir los conflictos, ayudar a armonizar las relaciones económicas, sociales y, por supuesto, las políticas.

Las reglas y normas exteriores formales tienen su lugar, han dado resultados positivos y todavía la humanidad está haciendo esfuerzos por mejorarlas en su diseño y cumplimiento. Pero el vigilante institucional puede ser eludido incluso en lugares donde las reglas y normas exteriores más han avanzado en su concepción, aplicación y monitoreo. Por su parte las reglas y normas morales también tienen su lugar, han dado resultados positivos y por supuesto que hay que mejorarlas en su diseño y cumplimiento pero, del mismo modo que las formales, pueden ser transgredidas y el vigilante moral eludido.

Es que los jueces y vigilantes tanto externos como internos sin bien necesarios no son suficientes; además de ser eludibles responden a grados de amor limitados donde el amor instintivo más básico, el amor por uno mismo y por reducidos grupos de interés predominan, llevando a decisiones y prácticas políticas que muy a

[3] "La Psicología define la introyección como la función psíquica mediante la que una persona incorpora a su estructura mental y emocional los elementos del ambiente familiar y social en el que le tocó vivir. Estos elementos suelen ser idearios, formas de conducta y definiciones implícitas del ser humano y de sus relaciones interpersonales." https://psicologosenmadrid.eu/introyeccion/

[4] Para mayor detalle se puede consultar Axelrod, 2003.

menudo favorecen sólo algunos y van en desmedro de los demás y del bien de la colectividad. Por esta razón no bastan para una auténtica práctica de relaciones de poder para el bien común.

## CUATRO. PARA ENLAZAR LA POLÍTICA Y LA ESPIRITUALIDAD

### Cuatro 1> ¿cómo integrar espiritualidad y política?-

La cuestión es entonces, cómo se puede expandir el amor, ampliar su alcance y sostener las conductas y prácticas políticas cada vez más desde la consciencia, la responsabilidad y el interés que nacen y se despliegan desde adentro con la finalidad de promover y concretar el bien común en el ámbito del poder. Un trabajo que la humanidad necesita y realiza en algunos casos, por lo menos en la reflexión, desde hace mucho tiempo[5]. Justamente es este uno de los sentidos del trabajo espiritual y de los que lo promueven para que la expansión del amor conduzca, tanto en el campo de la política como en otros, a establecer cómo se va a vivir en relación con uno mismo, con todos, con todo y hacerlo concretamente. Entonces, ¿cómo integrar expansivamente espiritualidad y política, más allá de las reglas y normas formales y la moral?; ¿cómo hacer esta conexión consciente y expansivamente?

### Cuatro 2> Un eslabón ético-

Cumplir reglas y normas por temor a la sanción, por la expectativa de un premio o por un sentido de obligación moral, aun sin plena consciencia y convencimiento puede dar frutos positivos, pero sus fundamentos son al fin de cuentas endebles pues son como gigantes con pies de barro que caen fácilmente. No basta sujetarse a conductas virtuosas en la vida social y política por motivaciones externas o internalizadas ya que siempre se puede trastabillar. Es necesario, además, y fundamentalmente, realizar una reflexión y juicio crítico tanto para una elección consciente fundamentada como para una vivencia convencida y plena de las normas formales e informales y de otras que, pudiendo no estar comprendidas en ellas, una persona ha decidido asumir y practicar. El psicólogo social Jonathan Haidt expresa el desafío en estos términos; *"… un mundo sin moralidad, rumores o juicios, rápidamente caería en el caos. Pero si queremos llegar a comprendernos y a entender nuestras divisiones, nuestros límites y nuestros potenciales, necesitamos dar un paso atrás, dejar de lado el moralismo, aplicar en su lugar algo de psicología moral y analizar el juego que estamos jugando."* (Haidt, 2019, p. 21). Al hacerlo nos adentramos en el mundo de la ética.

Utilizamos la palabra ética para referir a una jerarquía de valores reflexionada y elegida conscientemente que orienta la conducta habitual y la toma de decisiones en las varias circunstancias de la vida y, lo que es crucial: se vive porque así se lo ha decidido libre y conscientemente, aceptando la responsabilidad de hacerlo.

[5] Las tradiciones espirituales antiguas en China, la India y otros lugares, así como las escuelas filosóficas griegas, así lo muestran.

Una jerarquía de valores puede ser transmitida a una persona sin que ella la reflexione, elija y viva conscientemente, lo que constituye una moral. Desde el momento en que se la reflexiona, elije y vive libre y conscientemente es una ética, la cual no necesita de incentivos ni prohibiciones, premios ni castigos, tampoco de la observación ni aprobación de nadie. Por supuesto que puede haber éticas que expresen grados de amor limitados, egoístas o de grupo, de la misma manera que puede haber éticas resultantes de grados de amor expansivos e incluyentes. La ética puede ser tan limitada como expansiva y refleja la extensión, profundidad y calidad de la espiritualidad y del amor, es decir del tipo de relación que se tiene con uno, con todos y con todo.

La espiritualidad justamente se despliega en el campo en que la conducta y las decisiones se apoyan cada vez menos en normas y reglas formales e informales (moral), ya que la libertad interior a que se aspira es insostenible si su base es la sanción, la recompensa, el convencimiento no reflexionado, la culpa o cualquier forma de coerción externa o interna. La espiritualidad brinda las bases e inspira una ética práctica que va a la par de la expansión de la conciencia y el amor, que se vive cuando otros la ven y cuando no[6].

En suma, en la interrelación social y en el desenvolvimiento del estado de consciencia y del amor, es decir en el desenvolvimiento espiritual, un primer paso es el acatamiento de las reglas y normas formales; un segundo paso la observancia de las reglas y normas morales asumidas por un grupo humano; un tercero, el de la elección libre y responsable de cómo se quiere vivir y hacerlo consecuentemente teniendo en cuenta los efectos de las decisiones y las acciones. A medida que la consciencia y el amor se expanden, el sentido y la finalidad de lo que se elige, se dice y se hace son cada vez más expansivos e incluyentes, por ejemplo el compromiso de contribuir a que todos los seres, humanos o no, puedan desplegar sus posibilidades en plenitud. El desafío planteado hoy en el mundo es hacer política desde una espiritualidad de expansión de la consciencia y el amor; una política que se plasma en una ética consecuente que se vive porque así se quiere.

No es que la ética va a contrapelo de las reglas y normas formales o la moral ni que les quita importancia. Sin embargo, mientras una ética articulada a la espiritualidad no se desenvuelva en la dinámica cambiante de la vida desde la consciencia, la libertad interior y la responsabilidad, hasta las mejores reglas y normas pueden ser eludidas o utilizadas para fines excluyentes y egoístas, sean individuales o de grupo.

Cuatro 3> *Osar una vivencia espiritual de la política-*

Puesto que la espiritualidad es interrelacional en sí misma y las interrelaciones humanas pasan por la política, es preciso atreverse a plantear una vivencia espiritual de la política.

---

[6] Se suele decir que un verdadero “caballero” se comporta de la misma manera cuando otros lo ven y cuando no.

Es una osadía ya que demanda trascender la idea de que la política es completamente ajena a la espiritualidad y que nunca van a integrarse (“la política la hacen los políticos, no los angeles”, proclamaba un avezado político boliviano en una entrevista radial a inicios del año 2020), una idea que lleva tanto a prácticas políticas que se suelen llamar maquiavélicas, que no son sino expresión de estados de consciencia y grados de amor limitados, como a acciones políticas y a la conformación de estructuras de poder que, si hablamos de ángeles, lucen evidentemente luciferinos.

Cuatro 4> La conexión espiritualidad-política.

Aterrizada la espiritualidad en una ética expandida y expansiva, hay varias maneras de vincularla con la política. Una de ellas, que puede ayudar a hacer un enlace entre espiritualidad y política con frutos efectivos, prácticos, concretos, es integrar tres elementos de la práctica política y de la ética práctica: las motivaciones, lo que se hace para concretarlas *y* los frutos efectivos que se obtienen. Así se evita, por un lado, un accionar inescrupuloso que tarde o temprano aleja incluso de las más nobles motivaciones y, por otro lado, se protege del riesgo de acciones ineficaces e ineficientes que por muy bien intencionadas que puedan ser terminan llevando adonde no se quiere ir.

Las motivaciones apelan al sentido más profundo del ser humano y de la política. Como inspiradoras de las relaciones y el manejo del poder desde lo que se considera fundamental en la vida, definen las intenciones, los propósitos, la finalidad de la política que, en lo que venimos planteando, es la búsqueda del bien común y la apertura de posibilidades para que todos puedan desarrollar sus potencialidades.

Lo que se hace para concretarlas se refiere a las actitudes, las acciones y el uso de los medios que plasman la motivación en acción dándole contenido práctico. Aquí se establece la relación de los fines y los medios, los instrumentos más adecuados a un fin y los límites de la acción a la luz de las motivaciones; por ejemplo, ¿podría haber algún fin que justifique cualquier medio? La acción además de corresponder a la motivación (la coherencia entre lo que se quiere alcanzar y los medios que se utilizan), tiene que ser eficaz (adecuada al logro de lo buscado) y eficiente (aprovechamiento correcto de los recursos con que se cuenta).

Los frutos efectivos que se obtienen son los resultados concretos de las acciones que al fin dan el criterio de juicio valorativo de las motivaciones y las acciones. Son los resultados los que revelan las motivaciones y las acciones efectivas para mirar críticamente y evaluar honestamente las motivaciones y las acciones, reduciendo la probabilidad de que con buenas intenciones se esté empedrando el camino al infierno.

CINCO. PARA UNA SABIDURÍA PRÁCTICA DE LA POLÍTICA

Como la ética no es sino una derivación del grado de amplitud de la consciencia y el amor, es decir de la espiritualidad, la política que hay que construir se avizora, nace, se sostiene, se alimenta y se proyecta desde una ética de la espiritualidad y

del amor. Esta se cultiva y ejercita como sabiduría práctica, entendida como dar a cada aspecto de la vida la atención adecuada a partir de un sentido profundo de lo correcto e incorrecto en el lugar y el momento debidos, dando el uso requerido a los propios poderes (Schwarts and Sharpe, 2011). El actuar sabiamente en cualquier ámbito, a lo que todo ser humano tendría que aspirar, que por supuesto incluye la política, tiene como fundamento la finalidad profunda de cada actividad, -su respectivo "telos" aristotélico-, (que en el caso de la política es el uso del poder para el bien común) con base en un sentido elemental de responsabilidad, decencia y compromiso que necesita, además, la habilidad para llevarla a la práctica.

Una política de estados de consciencia y grados de amor incluyentes y expansivos tiene necesariamente como "telos" una política sin política de dominación, que parte de una renuncia al poder-sobre, centrando las interrelaciones, los procesos decisionales y las prácticas concretas en el poder-de, cristalizado en una jerarquía de valores (ética) que prioriza las capacidades individuales y colectivas para hacer surgir nuevas cualidades buenas[7] para la colectividad y para los individuos. El ejercicio de la autoridad es una sabiduría práctica donde el interés personal está integrado al de los demás, que a su vez hacen lo propio, pues saben que cada uno de los integrantes de la colectividad y el grupo en su conjunto son responsables del bienestar de cada uno y de la colectividad.

El desenvolvimiento de la vida y las sociedades está impulsado por el despliegue del poder de transformación, un poder creativo (que es un poder productivo) que lleva al surgimiento de nuevas posibilidades. Es un poder integrativo resultante de prácticas grupales, el poder del amor que se despliega en varias gradaciones: del amor instintivo para la perduración de la vida (el gen egoísta), al centrado en uno mismo (egoísmo cerrado), al amor centrado en uno mismo en interrelación (egoísmo abierto), al amor recíproco, al amor empático compasivo y al amor de participación que, traducido en una jerarquía de valores (ética), guía las interrelaciones políticas.

Mientras el amor instintivo nos hace amar porque tenemos que hacerlo, con todas las limitaciones que este grado de amor tan tosco implica, el amor que comienza a hacerse consciente pasa por una fase de exacerbación del amor egocéntrico cuando el yo se auto percibe como diferente de los demás, para luego comenzar a abrirse expansivo y consciente, respetando, valorando, e incluyendo al otro y a lo otro en sí. Es cuando sabiéndose parte de una totalidad que la trasciende la persona vive el amor como una elección consciente, una decisión de amar, la de " … extender los límites del propio yo con el fin de impulsar el desarrollo espiritual propio o ajeno… " (Peck, 1989, p. 81); es sentirse responsable por el otro y sentirse uno con el otro en una "… experiencia expansiva de unidad, inseparablemente ligada a la expresión de ese amor en cada acto de la vida." (Fromm, 1994, p. 34).

En la ética de la política, el amor expansivo como decisión libre y consciente es pasar a una ética en la que no sólo se respetan y promueven los derechos de los

---

[7] La palabra *buenas* se utiliza aquí para designar todo aquello que da condiciones y ayuda a que los individuos y una colectividad puedan desplegar todas sus posibilidades.

demás, sino que además se asume responsabilidad por los otros, por que tengan condiciones y medios para desplegar sus posibilidades.

El poder de amar se tiene y se desenvuelve en el ejercicio de tres capacidades: 1) la de lograr lo que se anhela teniendo en cuenta más y más aspectos de la realidad; 2) la de lograr un fin común (por ejemplo que todos puedan florecer plenamente, desplieguen sus posibilidades y actualicen sus potencialidades; 3) la de integrar el interés por uno mismo con el de los demás y la colectividad.

En un nivel más específico es poder elegir y decidir (libertad), poder producir y organizar (crear), poder integrar (unir), poder trascender las contradicciones y el conflicto (paz), poder trascender el interés propio (o de grupo) exclusivo.

Una vez planteado el fin de la política, los llamados ingredientes de la sabiduría práctica explicados por Aristóteles en su Etica a Nicómaco libro 6 nos dan los elementos para plantear una posible ruta crítica de la actividad política[8]:

1. tener claro el fin de la política como actividad humana: *una finalidad que sea lo más incluyente posible*;
2. percibir la circunstancia que se vive con apertura a otras percepciones integrándolas: *atención plena*;
3. evaluar las emociones y sentimientos que la circunstancia genera en uno y en otros: *consciencia plena*;
4. deliberar individual y colectivamente dialogando para entender lo mejor posible la circunstancia, considerando tanto los intereses, las emociones y los sentimientos de otros como teniendo en cuenta más y más aspectos de la realidad: *inclusión, integración creciente con todos y con todo*;
5. elegir y decidir asumiendo responsabilidad por las elecciones y decisiones hechas: *tomar la mejor decisión posible y asumirla plenamente*;
6. actuar consecuentemente con criterios adecuados a la circunstancia y a los cambios que pudieran haber: *recta intención, buen criterio, sentido común*[9].

Se trata pues de aprender a hacer una política del *poder-de*, integrada a la espiritualidad, que tiene claro su propósito, que lleva adelante las acciones más adecuadas a este fin y que está abierta a la evaluación y juicio crítico, en diálogo permanente con la diversidad de individuos y grupos que conforman una colectividad.

SEIS. CIERRE

El amor no tiene lugar en la política nos recuerda Bob Dylan en su “Political World” y el primatólogo Frans de Waal comienza su libro “*El mono que llevamos dentro*” con la sugestiva afirmación: “Se puede sacar al mono de la jungla, pero no a la jungla del mono”.

---

[8] http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/filosofia/nicomaquea/6.html. Véase también McKay, Brett and Kate.

[9] Razonable, prudente, lógico, sensato.

Ciertamente, los humanos tenemos tanto de animales como ellos de humanos. La idea que nuestra separación del mundo animal nos ha civilizado, pues hemos superado conductas agresivas y violentas que solemos llamar bestiales o benévolamente bárbaras, está definitivamente obsoleta. De modo que, de regreso al mundo animal, parecería que no tenemos más que aceptar la hobbesiana observación del estado de la naturaleza en que nuestra vida es "solitaria, pobre, tosca, brutal y breve" (Hobbes, 1982, p. 103) y que por tanto la política no es más que un territorio de intensa disputa de intereses donde al final se impone el más fuerte, quien consigue imponer su dominación y sus intereses, estableciendo reglas y normas que, aunque asimétricas, ayudan a reducir los conflictos y la violencia.

Los conflictos, las disputas y varias formas de violencia están por cierto presentes en la humanidad hoy, así como lo estuvieron en el pasado y posiblemente también en el futuro. Sin embargo, se trata de solo una de nuestras facetas que expresa las formas más básicas del amor ligadas al instinto y la voluntad de sobrevivencia que comandan muchas de nuestras conductas, también en el ámbito del poder. Pero además compartimos con muchas especies animales maneras de interrelación impulsadas por factores que están más allá del simple instinto de supervivencia, del amor exclusivo por uno mismo o por un reducido grupo de interés. Se trata de conductas como la simpatía, la empatía, la compasión, que expresan formas de amor más expansivas en las que los otros y lo otro son incorporados en el conjunto de decisión y que se pueden apreciar en las interrelaciones personales, sociales, económicas, ambientales y, por qué no, en la política.

Es que la simpatía, la empatía, la solidaridad, la compasión, la bondad, la participación, son tan humanas como la maldad, la crueldad, el egoísmo y están inscritas en nuestras posibilidades innatas, en nuestro código genético originado en el mismo proceso evolutivo de todos los seres vivientes, en especial de las especies más cercanas a nosotros. En este sentido somos un abanico de posibilidades desde las más limitadas hasta las más expansivas. A lo largo de miles de años individual y colectivamente hemos venido dotándonos de normas formales e informales que ponen límite a lo peor y abren espacios para lo mejor de nuestras conductas; por ejemplo en la política. Además, como hemos tratado de mostrar, está abierta la posibilidad y estamos empeñados en desarrollar conductas que van más allá de las normas sociales formales e informales que, al expresar la expansión de la consciencia, desembocan en el cultivo racional de una espiritualidad sostenida en el amor.

El amor comprende la totalidad de los ámbitos del universo como lo conocemos, formando urdiembres de relaciones de las que surgen cualidades más y más complejas como la vida y la consciencia, por lo que las diferencias entre las formas, la extensión y la amplitud del amor no son de principio sino de grado. Sus formas más básicas parecen ser inconscientes desde la perspectiva que los humanos podemos percibir, y en nuestra experiencia dan lugar a grados crecientemente conscientes en las que el amor poco a poco se va experimentando como una facultad para la que tenemos potencialidad, pero que se necesita cultivar como un

arte (Fromm, 1994). Un arte complejo por cierto, que se desarrolla en el proceso de expansión de la consciencia y el amor, un trascender desde la separatividad hacia la unión y que, poco a poco se hace cada vez más consciente, intencional y volitivo; un proceso en el cual va transformando los fundamentos de las relaciones sociales y de la política. Un arte de amar que se hace uno con la política como arte cuando el poder de dominación va cediendo espacio al *poder-de* que no es más que el poder de amar, donde la plena individualidad se funde con la colectividad en el bien común.

Procurar ver la conexión entre espiritualidad y política ha sido la motivación para encarar el desafío de iluminar los rincones más oscuros de la política donde yace, empolvado pero vital, el amor. Es que husmear en la política del amor, aunque para muchos puede parecer una extravagancia, podría ser un paso más para una extravagancia aun mayor: *"… vislumbrar y preparar ese mundo donde los sabios y los santos serán sacerdotes, legisladores y guías de la humanidad; donde los que moderan y distribuyen las corrientes económicas de los pueblos serán considerados gobernantes de los mismos;…"* (Bovisio, 2009, p. 17).

BIBLIOGRAFÍA

Axelrod, Robert (2003). La complejidad de la cooperación. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Boff, Leonardo (2012). ¿Es el universo autoconsciente? 3 septiembre 2012. http://www.servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=504

Boulding, Kenneth (1989). Three faces of power. London: SAGE, London

Bovisio, Santiago (2009). Mensajes I. https://www.santiagobovisio.info

De Waal, Frans (2007). *El mono que llevamos dentro*. Barcelona: TusQuets editores.

Fromm, Erich (1994). El Arte de Amar. Editorial Paidos, México. https://espanol.free-ebooks.net/ebook/El-arte-de-Amar-2

Haidt, Jonahtan (2019). *La mente de los justos*. Barcelona: Ediciones DEUSTO.

Hobbes, Thomas (1983). *Leviatán*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Mandela, Nelson (2013). *El largo camino hacia la libertad. La autobiografía de Nelson Mandela*.3ra. edición. Madrid: Santillana Ediciones.

McKay, Brett and Kate. Practical wisdom: the master virtue. https://www.artofmanliness.com/articles/practical-wisdom/

Schwartz , Barry and Sharpe, Kenneth (2011). *Practical Wisdom: The Right Way to Do the Right Thing.* Riverhead Books.